



Editorial 2

Vivimos en un país de desfases, de desencuentros (y hasta de disfraces). Cuando unos portan “frac” en la guerra, otros visten “camuflaje” en la paz. Los desencuentros son un hábito nacional. Los desfases se multiplican en política, ciencia y pedagogía. Así, resulta difícil encontrar puntos de convergencia en donde la experiencia y el saber acumulados sean sometidos a una revisión pública.

Las reflexiones colectivas escasean y los encuentros entre intelectuales de diferentes escuelas de pensamiento son un verdadero milagro. El silencio lacerante se ha vuelto rutina, y el olvido, en la garantía que nos hace vivir.

Es obligación de los maestros de maestros expandir la razón ilustrada y modelar un hombre que la practique y la exija. La formación de un hombre nuevo es tal vez el punto crucial de la posibilidad de la ley y de la convivencia social. En vista de que la sociedad política actual está impedida para corresponder a este reto, debe la sociedad civil, y en especial los formadores de docentes, dar respuesta a tal incertidumbre. Este ra-

zonable proyecto deberá, en principio, inculcar a los alumnos la diferencia esencial entre civilización y barbarie.

Las instituciones formadoras de docentes le deben dar al país un nuevo maestro, capaz de superar la *insularidad* no sólo respecto de América y Europa, sino también de nosotros mismos, impulsando aquellas instituciones que potencien formas de comunicación activa en donde se propicien condiciones proclives al diálogo.

La formación de maestros no es un problema simple, sino que está ligada a la construcción de una sociedad en donde la sociedad civil pueda poner freno a los desmanes que se cometan desde el Estado y, a la vez, contribuya a la consolidación de una cultura que no solucione las diferencias por la vía de la eliminación del contrario. La alternativa es: ¿un maestro que supere la rutina imperante o un maestro que regenera la rutina imperante? Preferimos lo primero.

Dada la magnitud de la problemática, hemos centrado la edición del presente número de la *Revista Educación y Pedagogía* en la formación de maestros.

Presentamos a ustedes una serie de seis artículos que tienen que ver con el tema. Dos de ellos hacen referencia a problemas generales y cuatro dan cuenta de experiencias prácticas.

En cuanto a las secciones especializadas, éstas son valiosas desde múltiples aspectos. Tal es el caso de la sección de música, que toca ámbitos ignorados en la formación de maestros. De igual manera, incluimos un informe especial sobre la violencia y los niños en Medellín, como testimonio de nuestro compromiso con la actualidad y con el dolor de nuestro pueblo, pues creemos que el que calla otorga y el silencio fortalece a los violentos, y en cada hombre que muere violentamente muere algo de nosotros.

Dedicamos la presente edición al maestro Estanislao Zuleta, fallecido recientemente en la ciudad de Cali. Bien sabemos que él cumplió, para nuestra cultura, el mismo papel que para la cultura italiana y española desempeñaron Benedetto Croce y José Ortega y Gasset, quienes sirvieron de puente entre lo más elaborado de la cultura europea y sus respectivas naciones. Creemos que Estanislao Zuleta, cosmopolita en nuestra cultura a través de su actividad intelectual, llevó a cabo aquello que en alguna oca-

sión dijera Thomas Mann acerca de que “todo lo que es decisivo emana de esta esfera esencial que la filosofía denomina: ‘el querer’, y que el intelecto controla y discute antes y después”.

En sus manos dejamos estas provocaciones...

Jesús Alberto Echeverri Sánchez